



Vigilia penitencial presidida por el Papa Francisco

1 de octubre de 2024 - Basílica de San Pedro, 18:00 CET

TESTIMONIOS

GUERRA

Hna. Deema, originaria de Homs, una ciudad siria profundamente marcada por las heridas de la guerra. Monja de la comunidad monástica de al-Khalil (el amigo de Dios) fundada en 1991 en el monasterio siro-católico de San Moisés el Abisinio por el padre Paolo Dall'Oglio, S.J., junto con Jacques Mourad.

Mi nombre es Deema y soy originaria de Homs, una ciudad siria profundamente marcada por las heridas de la guerra. Soy monja de la comunidad monástica de al-Khalil (el amigo de Dios) fundada en 1991 en el monasterio siro-católico de San Moisés el Abisinio por el padre Paolo Dall'Oglio, S.J., junto con Jacques Mourad.

Hoy estoy aquí para compartir un testimonio que las palabras luchan por expresar. Es una experiencia de dolor profundo que a menudo empuja a uno a encerrarse en el propio tormento, sin poder entrar en contacto con el dolor de los demás. La guerra, de hecho, no solo destruye edificios y carreteras, sino que también afecta a los lazos más íntimos que nos anclan a nuestros recuerdos, nuestras raíces y nuestras relaciones.

Durante la guerra siria, los combatientes trataron sistemáticamente de aislar las zonas, incluso distanciando las experiencias vividas en los barrios vecinos. Esto ha facilitado progresivamente la eliminación de cualquier forma de empatía, etiquetando al otro como un enemigo y llegando, en casos extremos, a deshumanizarlo y justificar su asesinato. Un amigo cristiano mío me dijo un día, ya sabes, no le tengo miedo a la muerte en sí, pero tengo miedo de morir asesinado por un amigo mío musulmán.

Recuerdo vívidamente los ojos llorosos de los jóvenes de diferentes áreas cuando aprendían de la experiencia de los demás; en esos momentos, las barreras de los prejuicios se derrumbaron y cayó el velo de la deshumanización del otro.

Muchos jóvenes han elegido, por diversas razones, el camino de la violencia, y aquí no son solo los musulmanes. Muchos jóvenes, y no solo cristianos, también han dedicado su tiempo a visitar y ayudar a familias necesitadas o a regalar una sonrisa a los niños. En este mundo nuestro, desgraciadamente herido por tanta violencia, la emergencia es trabajar en las relaciones. Este trabajo requiere un esfuerzo extraordinario. La guerra, de hecho, a menudo logra sacar lo peor de nosotros, sacando a la luz el egoísmo, la violencia y la codicia. Sin embargo, también puede sacar lo mejor de nosotros: la capacidad de resistir, de unirnos en solidaridad, de no ceder al odio.

Ante el horror de la guerra, es fácil dejarse vencer por la impotencia, corriendo el riesgo de caer en la desesperación, en la ira, queriendo denunciar en voz alta todo tipo de injusticia. Sin embargo, esta misma sensación de impotencia puede convertirse en un compromiso, y esta ira puede convertirse en una luz. Es un compromiso con una resistencia no violenta que, con gran esfuerzo, renuncia a todos los actos y pensamientos violentos. Esta actitud no violenta se convierte en una poderosa denuncia silenciosa pero poderosa contra aquellos que se benefician de la guerra, vendiendo armas, conquistando tierras o aumentando su poder. Puede parecer utópico, pero no lo es. Lo hemos vivido,



como comunidad, tratando de encender pequeñas luces en la oscuridad de la guerra. Hemos tratado de crear oportunidades para que los jóvenes se conozcan y crezcan, comprometiéndonos a crear espacios de diálogo y crecimiento que son fundamentales para la reconstrucción de las relaciones y la esperanza en el futuro.

Todo esto no hubiera sido posible sin la solidaridad de muchos, no solo material, sino sobre todo moral y espiritual. La guerra ha sido, en este sentido, también una oportunidad para percibir la gracia de formar parte de una Iglesia universal, que hoy celebramos en su camino hacia la sinodalidad, donde el dolor de un miembro se alivia con amor y gratuidad.

Esto nos ha permitido reunir entre los escombros del sufrimiento humano los tesoros más preciosos: la solidaridad y la fraternidad, que siguen brillando como signos de esperanza y de paz.

Incluso en los momentos más oscuros, donde los gritos pueden elevarse a Dios preguntando por qué o las dudas sobre su presencia abarrotan la mente, allí mismo uno puede encontrarse con Dios. Como escribió una amiga nuestra en el título de su libro sobre la experiencia en los países de Oriente Medio afectados por la guerra: Dios en medio de las ruinas.

ABUSI

El barítono sudafricano Laurence completó inicialmente su formación vocal en la Universidad de Ciudad del Cabo en Sudáfrica. Laurence comenzó su carrera operística y de conciertos en Alemania tras completar sus estudios en la Hochschule für Musik en Múnich, donde asistió a clases magistrales de interpretación de canciones con Hans Hotter, Dietrich Fischer Dieskau y Brigitte Fassbender, entre otros. Posteriormente, realizó tres residencias en la Ópera Estatal de Kassel, en Braunschweig y en el Teatro Gärtnerplatz de Múnich. Ha cantado en numerosos teatros europeos como la Royal Opera House de Estocolmo, el Teatro Nacional de Praga, la Ópera de Estambul, así como en los Teatros Estatales de Hannover y Mannheim, el Teatro Prinzregententheater de Múnich y el Teatro Cuvilliés en Múnich. Laurence canta todo el repertorio de barítono como artista independiente, especializándose en los papeles dramáticos de Verdi y Wagner. Laurence también es un entusiasta intérprete de canciones de arte y ha actuado en numerosos lugares del mundo junto a acompañantes como Gabriel Dobner y Alfons Kontarsky.

Hoy me presento ante ustedes como sobreviviente de abuso sexual por parte de un miembro del clero católico.

Una historia personal:

Lejos de Roma, en un pequeño pueblo del sur de África, un depredador se centró en mí, una niña de 11 años. Durante varios meses, utilizó elogios, castigos físicos, manipulación psicológica y todas las demás herramientas de su arsenal para manipularme y prepararme. Finalmente, en una hermosa mañana sudafricana, me llevó de la mano a un lugar oscuro donde, en un silencio a gritos, me arrebató lo que nunca se le debe arrebatar a ningún niño. Desde entonces, me he visto obligada a caminar con este perpetrador estampado en mi alma durante los últimos cincuenta y tres años. Este momento en el tiempo, con todos sus sórdidos detalles, es parte de mi ser físico y de mi conciencia, y está tan presente hoy como lo estuvo cuando tuvo lugar la impactante violación y violación de una niña de once años por parte de un hombre adulto. Mi historia es una de muchas, y es al compartir estas experiencias y enfrentarlas sin miedo, que arrojamus luz sobre esta particular oscuridad pérfida.

Impacto Psicológico:



El impacto de este tipo de abuso es profundo y duradero. Para las víctimas, el costo psicológico a menudo incluye sentimientos de traición, vergüenza, ansiedad, depresión e incluso trastorno de estrés postraumático, como la contemplación del suicidio. Estos efectos no se limitan solo a las víctimas; se extienden y afectan a familias, amigos y comunidades. El abuso de un niño por parte de una figura de confianza —un sacerdote, un mentor, un representante de Dios— inflige heridas que pueden tardar toda una vida en sanar, si es que alguna vez lo logran completamente.

Rostros Anónimos:

Uno de los aspectos más desgarradores de este problema es el anonimato que a menudo lo rodea. Muchos sobrevivientes permanecen sin nombre y sin ser escuchados, sus historias silenciadas por el miedo, el estigma o las amenazas. Los rostros de los abusados con demasiada frecuencia quedan borrosos, ocultos tras un velo de secreto que la Iglesia, históricamente, ha sido cómplice en mantener. Este anonimato sirve para proteger a los perpetradores en lugar de a las víctimas, dificultando que los sobrevivientes encuentren justicia y que las comunidades puedan sanar.

Transparencia:

Un factor clave que ha perpetuado esta crisis es la falta de transparencia dentro de la Iglesia. Durante décadas, las acusaciones fueron ignoradas, encubiertas o manejadas internamente en lugar de ser reportadas a las autoridades. Esta falta de responsabilidad no solo ha permitido que los abusadores continúen con su comportamiento, sino que también ha erosionado la confianza que muchos alguna vez depositaron en la institución. La renuencia a abordar estos crímenes de manera abierta ha sido un perjuicio para las víctimas y una traición a las responsabilidades éticas y espirituales de la Iglesia.

Efecto en la Sociedad:

Las consecuencias de estos abusos se extienden mucho más allá de los muros de la Iglesia. Han sacudido la fe de millones, empañado la reputación de una institución a la que muchos acuden en busca de orientación y han causado una crisis de confianza que resuena en toda la sociedad. Cuando una institución tan prominente como la Iglesia Católica no protege a sus miembros más vulnerables, envía un mensaje de que la justicia y la responsabilidad son negociables, cuando en realidad deberían ser fundamentales.



MIGRANTES

Sara, Directora Regional de Toscana de la Fundación Migrantes y junto con Solange (originaria de Costa de Marfil) de la Diócesis de Massa y Carrara Pontremoli.

Mi nombre es Sara, soy la Directora Regional Toscana de la Fundación Migrantes y junto con Solange venimos de la Diócesis de Massa y Carrara Pontremoli.

El puerto de Carrara, en el alto mar Tirreno a 700 millas de Lampedusa, está declarado “puerto seguro” desde hace más de un año y medio por el desembarco de barcos de ONG que rescatan a migrantes en el mar Mediterráneo en embarcaciones improvisadas: la ruta mediterránea es considerada la ruta migratoria más peligrosa del mundo porque en promedio seis personas pierden la vida cada día.

A nuestro puerto, a nuestras costas, llegan los que sobrevivieron, los que lo lograron: gente que ha cruzado el desierto; han padecido hambre y sed; han sufrido violencias de todo tipo, de las cuales llevan signos evidentes en el cuerpo y en la piel y signos que son difíciles de ver en el alma y en la psique; pero a menudo estas últimas son las más dolorosas para su dignidad y las más difíciles de curar.

Son “los supervivientes”, los migrantes que, por un giro del destino, estaban en el barco correcto que no se hundió, en el momento adecuado porque no había demasiada tormenta y en el tramo de mar adecuado porque solo después de unos días de navegación fueron avistados y recuperados. Todo esto parece un brutal juego del destino, del que somos “espectadores” porque no podemos hacer otra cosa que esperar en la orilla a los que sobrevivieron: nosotros que nos regocijamos por los que logran llegar a nosotros con vida; pero con un sentimiento de culpa por los que no lo lograron. Un sentimiento de culpa que está aún más arraigado en aquellos que sobrevivieron porque lograron lo que muchos compañeros de viaje, en el viaje por la vida, fracasaron: a menudo murieron en silencio y en el anonimato porque el dónde y el cuándo, nadie nunca lo sabrá.

El momento de bajar del barco que los rescató es, cada vez, un momento lleno de emociones para todos nosotros. Son los ojos los que hablan, los ojos negros que reflejan todo lo que han visto y vivido porque se ve el recuerdo doloroso de los que no lo lograron y el miedo de esos momentos interminables donde lo que prevaleció sobre la solidaridad, que está ausente en los “barcos de la esperanza”, fue el instinto de supervivencia que le quitó la humanidad a un gesto, de una caricia.

La experiencia de la barca no es la de quien vive en comunión con otras personas en camino de vida: no es la solidaridad de un solo pueblo, es la posibilidad de estar juntos, uno encima del otro, unidos por un mismo destino que viven en soledad para su propia supervivencia. Como fue en los campos de exterminio donde hombres y mujeres perdieron su identidad como individuos, comunidades, personas y dejaron de ser personas, para ser números, cuerpos que intentaban sobrevivir, muchas veces en detrimento de los demás.

En el puerto desembarcan en pequeños grupos. Primero los enfermos; luego las mujeres con niños; luego los menores no acompañados y, por último, los hombres. Un descenso que testimonia la soledad incluso de las familias que nunca se bajan juntas y a las que ayudamos a reconstruir nada más desembarcar, a menudo con enormes problemas.

A veces un hermano, un hijo, un sobrino, que ya han vivido esa experiencia, llegan a Carrara, a la zona fuera del puerto, sobre todo desde el norte de Europa, han seguido el viaje de sus seres queridos en mapas náuticos digitales, sin saber si el barco que los lleva a un lugar seguro los tiene a bordo. Los



buscan a través de las barreras, experimentando el terror de la esperanza que, en cuanto logran reconocerlos y encontrarlos, se convierte en un río de lágrimas, de abrazos.

Desde el momento del desembarque hasta el de la salida a los distintos destinos, pasan unas diez y más horas para el proceso sanitario, identificación, registración fotográfica. Horas muy preciosas para nosotros los voluntarios: tus ojos te escanean, mientras intentas calmarlos, podrás reunirlos con familiares y amigos que estuvieron con ellos en el barco incluso en el destino final; quieren entender lo que va a pasar después, quieren hablar y te cuentan su historia de una sola vez.

Son las mujeres, las más silenciosas e invisibles, las que empiezan a contar su historia; la opción de dejar casa, que no era segura, donde estabas segregada por un padre, un marido abusivo, el padre de tus hijos... Y llega un día en que un conocido, tomado por la compasión, te ayuda a escapar, a embarcarte en un viaje con el único propósito de alejarte de la violencia de una vida de abusos. Al final, la única posibilidad que tienes es escapar: dejas a tus hijos porque temes que no puedan superar un viaje tan difícil en el que no podrás protegerlos, y con ellos dejas una parte de ti misma.

Cada vez estás más sola, aunque físicamente con otros, viajas por pueblos, desiertos y te encuentras con la violencia que te quita lo único que te queda: tu cuerpo y tu dignidad.

Una vez que llegas a Libia o Túnez, te queda el último tramo hacia Europa y, a menudo, te gustaría volver: pero ya no puedes. Y tienes miedo. Miedo al mar, a esa extensión de agua que de espejismo de esperanza de vida se convierte en un muro de olas de agua infranqueables. No tienes otra opción: si quieres tener, aunque sea una oportunidad de sobrevivir y seguir dando esperanza a tus hijos, te embarcas. Empujado a los barcos, pequeñas cáscaras de nuez inciertas en un gigantesco mar de agua, te enfrentas a la oscuridad; y estás sola en medio de tantos... Demasiados que gritan, lloran cuando las olas suben, el suministro de agua y comida se agota, el motor se detiene por momentos, el barco coge agua, el agua salada que se mezcla con el combustible restante y el aceite hirviendo que te quema las piernas sobre todo a ti que por ser mujer te ponen más cerca del compartimento del motor... y piensas que no puedes hacerlo y andas a tientas y gritas y buscas con las manos ayuda que los que están contigo no te pueden dar porque son como tú... un migrante fantasma en medio del mar... hasta que alguien te rescata y finalmente aterrizas. Una mano te sostiene: ¡has sobrevivido!

Tus ojos, tus manos hablan de la sensación de vacío; pero también el miedo de que tu cuerpo, además de las señales, lleve en tu vientre el fruto de toda la violencia que has sufrido.

Cuando le pedí a Solange, que aterrizó en Carrara hace cinco meses, que me acompañara a presenciar conmigo lo que estaba pasando, con los ojos llenos de alegría y gratitud por la propuesta, me dijo: “Vengo a traer conmigo toda mi África”.

Estamos aquí hoy para dar testimonio de una nueva humanidad; de personas que acompañan a las personas a ser personas; por mujeres que ayudan a las mujeres a ser mujeres: personas y mujeres que acogieron al forastero que llegó a su puerto y que estaba en ti.

Gracias por escucharnos y gracias a mi familia, a mi esposo y a nuestros tres hijos, que comparten mi compromiso.